

La solución

Lo conversaron, lo discutieron y confrontaron ideas porque si bien ambos estaban de acuerdo en que debían hacer algo, no estaban seguros de cuál sería el camino mas humanitario, mas ético y menos culpabilizante. Las plazas y las veredas estaban llenos de seres que algún día habían sido queridos y deseados en el seno del hogar, que en sus primeros días hicieron las delicias de los chicos con sus ocurrencias, que con sus morisquetas generaron la risa en los cumpleaños repletos de globos, alfajorcitos de maicena y bonetes. Los chicos los buscaban a la hora de jugar y también a la hora de irse a la cama, porque a pesar de que sus posibilidades de lucha no eran las mejores, su sola presencia hacía que los monstruos que habitaban bajo la cama y tras las cortinas, no aparecieran. Los adultos también los buscaban a veces, porque a menudo la soledad atacaba a pesar de vivir en el seno de una familia, entonces se necesitaba de otra presencia, de una oreja que escuche aunque no entienda del todo lo que se dice, de una mirada callada pero que transmita afecto, cariño.

La idea de sacar a ese ser, otrora indispensable, del seno del hogar no resultaba fácil. La extracción del hogar no era algo que se hubieran planteado hace años, pero ahí estaba la cuestión. Hace años el escenario era otro. Los chicos chiquitos lo adoraban y lo necesitaban, los grandes lo necesitaban como compañía y custodia, pero el tiempo pasa y los niños se hacen grandes, se transforman en adolescentes intrépidos y altivos que ya no necesitan a nadie para que custodie por si aparecen los monstruos de debajo de la cama. Los mismos años pasan para todos y el que ayer divirtió con sus morisquetas hoy moleste con su figura pesada y desentendida.

Por eso se tomó esa decisión y engañosamente lo encaminaron hacia el auto. Se niegan a decir que lo están “dejando”, se niegan a usar la palabra abandono y disfrazan su comodidad con los colores de la necesidad. No hay juez que diga que esto está mal, salvo los jueces interiores, esos de sentencias inapelables que sin vara castigan a los humanos. Pero como todo en esta vida, si algo inclina la balanza para un lado, existe algo que la inclina para el otro, y en este caso las excusas acallan los gritos sentenciosos.

Después de un corto viaje lleno de largas promesas llegan a esa florecida callecita en cuyo final hay un portón muy coqueto y prolijo. A su lado, sobre el pilar que queda al descubierto cuando el portón se corre para abrirse hay un cartel que dice en tres palabras una mentira y una verdad unidas por una preposición. Hogar de Ancianos.

Cuando ingresaron solo el que iba en el asiento de atrás prestó atención a las letras escritas sobre la chapa. Y solo suspiró.